

1. Bacardi\_1860, liga la Plaça Reial con la Rambla
2. Madoz\_1860, conecta la Plaça Reial con la calle Ferran
3. Pau\_1861, conecta Anselm Clavé con Sils, y su traza se alarga, convertida en calle, hasta Escudellers
4. Rellotge\_1864-1881, enlaza en ángulo recto la calle Còdols con Escudellers
5. Crèdit\_1873, entre Ferran y Escudellers, en sus orígenes estaba cubierto también con hierro y vidrio
6. Dormitori Sant Francesc\_entre Anselm Clavé y el Paseo de Colom, con solo uno de los locales en planta baja en funcionamiento actualmente
7. Banca\_1869, liga la Rambla de Santa Mònica con la calle de Anselm Clavé, proyecto de Elies Rogent
8. Passatge del Palau\_entre dos manzanas nuevas de casas, hacia el Born, cerca del mar, conectando la Avenida del Marquès de l'Argentera y la Plaça de les Olles, y muy cerca del Pla de Palau
9. Sant Benet\_en el barrio de Sant Pere
10. Patriarca\_entre Monstió y Comtal
11. Virreina\_en la planta baja del palacio homónimo del siglo XVIII: conecta con la plaza de Sant Galdric, donde se ubicaban las pescaderías del mercado de la Boquería, y se alarga en un pasaje a cielo abierto ocupado por locales y almacenes que hacen de extensión del mercado
12. Bernardí Martorell\_conecta la calle Hospital y la de Sant Rafel, y también formaba parte de un edificio industrial que ocupó el solar que dejó el convento de las Carmelitas
13. Lluís Cutchet\_entre Arc del Teatre y la calle de Santa Mònica, reconstruido en los 90' para convertirse en acceso a las nuevas viviendas construidas en el interior de manzana
14. Manufactures o de la Indústria\_donde un bar minúsculo en un extremo y un quiosco de loterías en el otro activan los dos cabos de la planta baja de unos antiguos grandes almacenes textiles para mayoristas
15. Sert\_parte de una antigua fábrica de tapices, paralelo al pasaje de la Indústria
16. 1800\_en la calle del Carme 31, con una peluquería, una ferretería, almacenes y locales auxiliares al mercado de la Boquería y un segundo acceso a los locales con entrada desde la plaza de la Gardunya
17. Galeries Manila\_en la esquina de la Rambla dels Estudis con la calle del Pintor Fortuny
18. Maldà\_en la planta baja del palacio del siglo XII que les da nombre



1.

Hace unos meses Jordi Llovet<sup>1</sup> elogiaba la inteligencia de Benjamin y ponía como ejemplo una acción que minusvaloramos por banal, por cotidiana, por rutinaria, pero que forma parte de la actividad colectiva que está en el origen de las ciudades, el comercio: “Uno tiene siempre la impresión, cuando se planta frente a un escaparate, pongamos por caso, de bagatelas –accesorios de cocina, objetos pseudodecorativos, pequeñeces regalativas–, que Walter Benjamin, si se hubiese parado frente a ellas, hubiese escrito un opúsculo de más de cien páginas: en un movimiento intelectual que va de la observación a la contemplación, y de la contemplación a la revelación, Benjamin ponía saber, conocimiento e historia allá donde ponía los ojos y la testa.”

Benjamin llegó a París y quedó seducido por una ciudad que a sus ojos era escenario del nacimiento de la modernidad. *El Libro de los Pasajes* no existió nunca, porque no lo acabó, y los textos que debían de formar parte de él están confeccionados a partir de la suma de citas y datos que recogió en bibliotecas y archivos.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Con el título “Benjamin i París. Els escrits de Benjamin”, Jordi Llovet recomendaba en *Quadern*, en la edición catalana del periódico *El País* del 24 de enero de 2013, el libro *El París de Baudelaire*, traducido por Mariana Dimópulos y editado el pasado 2012 en Buenos Aires por Eterna Cadencia.

<sup>2</sup> Rolf Tiedemann tiene una edición muy cuidada de los apuntes que el autor dejó desordenados, publicada en castellano: BENJAMIN, Walter, *Libro de los Pasajes*, Madrid, Akal, 2005.



13. Bernardí Martorell



11. Virreina



15. Mil-Vuitcents



14. Manufactures



## 2.

La aparición de los pasajes<sup>3</sup> va ligada a la reivindicación de la calle como espacio público para los peatones. El crecimiento de la circulación rodada había obligado a relocalizar el comercio callejero en espacios alejados del centro y del tráfico; la construcción de las primeras aceras convirtió el pasear en una distracción y, con los nuevos *flâneurs*, el ir a comprar dejó de estar motivado por la necesidad de encontrar productos básicos y pasó a ser una actividad ociosa más. En contacto con esas aceras, las plantas bajas de las casas se abrieron hacia la calle, y así nacieron los primeros escaparates y vitrinas.

Desde su aparición a principios del siglo XIX en París, los pasajes se convirtieron en una oportunidad para ampliar la oferta comercial en enclaves urbanos centrales y colapsados: colocados en los interiores de manzana edificadas, aumentaban la longitud de fachada y el rendimiento de techo, parasitando y esponjando un tejido compacto heredado de la ciudad medieval.

Los pasajes se caracterizan esencialmente por sus condiciones de iluminación: son espacios cubiertos por lucernarios y, pese a ser interiores, la luz cenital provoca una ambigüedad que los hace parecer exteriores. Tienen, sin embargo, suficientes diferencias (ventajas desde el punto de vista del comercio que alojan) respecto a la calle: en ellos no llueve porque están cubiertos, son simétricos por eficacia expositiva, son estrechos porque así rentabilizan al máximo el suelo del que disponen, son de uso exclusivo para peatones y se encuentran siempre en contextos urbanos centrales, entre calles o plazas con mucho flujo de circulación. Siempre con el vidrio de la cubierta como característica básica en su conformación, la evolución formal en los pasajes del XIX va acompañada de la innovación en los materiales con que se construyen: primero de madera, después de hierro y piedra, para acabar en el hormigón a principios del siglo XX.

Los primeros pasajes sirven al comercio, pero a un comercio de un nuevo tipo: el de la moda y el lujo, una industria que ha dejado de trabajar por encargo y poco a poco empieza a estar al alcance de algunos consumidores anónimos. Un consumo que se sublima, se mitifica, y aleja su condición de la necesidad.

## 3.

En Barcelona, poco después del derribo de las murallas aparecen concentrados en un radio de 200 metros en torno a la Plaça Reial algunos pasajes parecidos a los franceses: el de Bacardí (1), el de Madoz (2), el de la Pau (3), el del Relotge (4) y el del Crèdit (5).

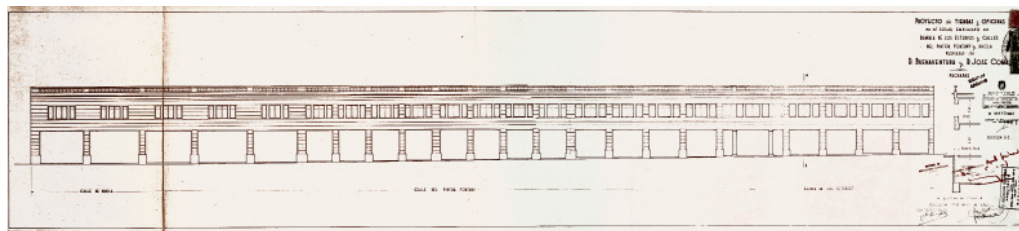
Son contemporáneos a las primeras casas del Ensanche, y la falta de actividad fuera de las murallas hace que se desarrollen esta especie de oasis dentro de la trama compacta medieval. En realidad están lejos del éxito comercial que siguió a la apertura de la calle Ferran, y su funcionamiento embrionario es más asimilable a la autonomía que caracteriza la Plaça Reial en sus inicios, “un espacio muy bien definido en su imagen, pero mucho menos claro en su condición urbanística en relación con los flujos generales de la ciudad”<sup>4</sup>. Son proyectos únicos de embellecimiento en la ciudad vieja, como lo fueron también los proyectos de los pórticos coetáneos (Fontseré, Xifré). Conjuntos urbanos con arquitecturas muy cuidadas (fundamentadas en un proyecto de sección de tierra a cubierta que define la imagen global) donde la aparición del nervio (el pasaje) atravesando la manzana responde a la voluntad especulativa de aumentar el techo haciendo crecer el perímetro de fachada. Que dos de ellos (Bacardí y Crèdit) se cubrieran con claraboyas, confirma la influencia francesa sobre el modelo.

Hay cerca un segundo grupo de pasajes: los que son solo rendijas entre edificios, con ausencia de la ornamentación en fachada que caracteriza los anteriores. Son el del Dormitori de Sant Francesc (6), el de la Banca (7), el Passatge del Palau (8). Un poco menos ordenados y menos evidentes, casi como callejuelas de servicio, el de Sant Benet (9) o el del Patriarca (10). Destacan por la ausencia o el anonimato de las actividades que en ellos se desarrollan, por la negación de la posibilidad de abrir fachada a ellos; son patios interiores de manzana con reja por puerta (excepto el de Sant Benet) hacia las calles de los extremos. El pasaje Sert (15), en Sant

<sup>3</sup> Para profundizar en la historia y la morfología de esta tipología, hay un catálogo de ejemplos imprescindible elaborado por un arquitecto: GEIST, Johann F., *Le Passage. Un type architectural du XIXe siècle*, Paris, Pierre Mardaga éditeur, 1982.

<sup>4</sup> DE SOLÀ-MORALES, Manuel, *Diez lecciones sobre Barcelona*, Barcelona, COAC, 2008, a propósito del funcionamiento inicial de la Plaça Reial de Barcelona.

Las dos versiones del proyecto de las Galerías Manila, con la misma planta baja en ambos casos. AMCB



Pere, es parte del acceso de servicio a una antigua fábrica de tapices y una excepción dentro de esta familia: las ventanas a lado y lado enseñan los despachos y estudios que se han instalado en él a lo largo de los últimos años.

Todos ellos son calles según el plano de la ciudad, son espacio público pese a las verjas que tienen de entrada y salida. Esto los diferencia de un tercer grupo de pasajes, el de aquellos que no son viario, que están dentro del espacio privado de la ciudad pero que concentran actividades en la mayoría de los casos: el de Lluís Cutchet (13) da acceso a las viviendas construidas en el patio interior de unos antiguos baños; el de la Virreina (11) se prolonga desde la planta baja del palacio homónimo hasta más allá de la Plaça de Sant Galdric, y está ocupado por almacenes de soporte al mercado de la Boqueria; el de Bernardí Martorell (12) combina el acceso a las viviendas con una cafetería y una tienda de muebles; el de Manufactures (14) tiene un bar minúsculo en un extremo y un quiosco de loterías en el otro que activan los dos cabos de la planta baja de unos antiguos grandes almacenes textiles para mayoristas; el de Mil-Vuitcents (16) tiene una peluquería y una ferretería armando las esquinas a la calle, almacenes y locales auxiliares a la Boqueria y accesos a los locales con entrada desde la Plaça de la Gardunya.

Podemos hacer aún otra familia, la de los que no llevan la etiqueta de pasajes pero que funcionalmente lo son: las galerías comerciales mantienen la condición de travesía pero pierden, en la mayoría de los casos, la esencia de la iluminación cenital. Su situación en las plantas bajas de edificios dedicados a otros usos hace que los pasos aparezcan como espacio residual entre unos comercios que buscan el máximo aprovechamiento de suelo, y ante la posibilidad de convertirse en una alternativa para el paseante, la sinuosidad de la galería se hace tanto más evidente cuanto más rígida y geométrica sea la red de calles donde se inserta.

Las Galerías Manila (17) intentaron empezar como un edificio de una sola planta destinado a tiendas al poco de la apertura de la calle Pintor Fortuny, pero les fue denegado un primer permiso de obras alegando la poca entidad de la construcción propuesta. Finalmente se acabó ejecutando un nuevo proyecto que superponía ocho plantas de habitaciones a la espina de tiendas, que hoy han quedado engullidas por el vestíbulo del hotel que da nombre al edificio. Una estructura de corredor central daba acceso a los establecimientos (con una unidad de repetición en las galerías de tres metros y medio de anchura, determinada por la distribución de las habitaciones del hotel), y pese a que más de un tercio de las tiendas tenía fachada a la calle, solo a las dos de los extremos se podía acceder desde el exterior.

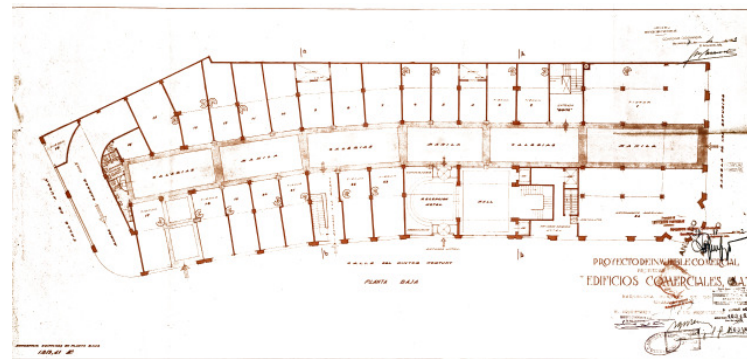


Las entradas al hotel, a la pista de bolos y a la discoteca se podían hacer tanto desde la galería como directamente desde la calle.

Unos años antes se habían construido las Galerías Maldà<sup>5</sup> (18). Su estructura se ha mantenido hasta hoy, con entrada desde la calle y la plaza del Pi y la calle Portaferrissa, y formadas por siete pasillos de dimensiones diferentes entre sí. Una estructura de nervios que por anchura se asimilan a las vías del tejido de la ciudad en la que se insertan, pero que por dimensión en altura y por falta de homogeneidad en la luz natural, no ofrecen una alternativa seductora respecto al recorrido a través de las calles adyacentes.

<sup>5</sup>Jordi Llovet se refiere a ellas en su artículo, comparándolas con los pasajes, cuando añade que el libro que nos recomienda "incluye también el artículo *París, capital del siglo XIX*, que Benjamin habría situado a modo de prólogo de la obra nunca acabada *Das Passagenwerk*, u *Obra de los pasajes*, dedicada en primer término a los pasajes de mercancías y a otros establecimientos de la ciudad de París, también presentes en la época, en muchas otras ciudades. (En Barcelona, ¡ay!, solo nos quedan las galerías Maldà, si no las han cerrado ya)", dice.

<sup>6</sup>MARÍ, Antoni, "Walter Benjamin. Libro de los Pasajes", *Quaderns* n.251, otoño de 2006.



#### 4.

Decía Antoni Marí hace unos años, a propósito del texto editado por Tiedemann que recoge los escritos de Benjamin, que "En los paseos por las calles, en los pliegos polvorientos de la Biblioteca Nacional y, sobre todo, en la *Recherche* de Proust, Benjamin encontró la idea, reiterada a lo largo de los *Pasajes*, que el pasado se puede hacer presente si el azar pone a nuestro alcance el objeto material en que quedó aprisionado, puesto que el encuentro con el objeto libera el pasado que en él quedó atrapado."<sup>6</sup>

El objeto material lo tenemos, y en el mismo centro de la ciudad; la percepción de que el tiempo ha estado siempre atrapado en él, también. Los pasajes son hoy espacios de aparente indeterminación, ajenos a la ocupación y a la explotación del tejido que los rodea, escondidos en la ciudad antigua, densa, compacta y seductora. En medio de los flujos y el tumulto, ocultos a los códigos de consumo del espacio urbano medieval, consiguen ser libres, rendijas de oportunidad latente donde la ausencia de reglas se convierte en su mayor potencial: en ellos puede ocurrir aún cualquier cosa.